

SEGUNDA PARTE

I

Reanudo el hilo de esta historia, de bandidos iba a decir, pero pongamos de este cuento de hadas.

Quedamos en que estaba yo un poco, quizá demasiado “iniciado” —repetiré— iniciado, mal todavía, ¡era tan joven!, en todo o casi todo, tocante a la literatura... y demás.

En tanto llega el momento de hablar de lo demás y de tantas otras cosas también, debo y quiero —me interesa muchísimo insistir en ello, desde el punto de vista literario— decir cómo me conmovieron hasta las cachas esos dos poemas *Las vides locas* y *Filomela*. En la primera de esas obras maestras —mantengo la palabra que me comprometo a probar— volví a encon-

trar mi ingenuo corazón, mi espíritu a todos los vientos, a más del arte de "aderezar el verso", como vulgarmente se dice, y muy bien; después de todo, mientras que *Filomela*, me transportaba por su malicia inicial y su exageración milagrosa al manejo magistral del ritmo duro y seguro y de la rima siempre correcta sin muecas, inútil afanosa de un necia riqueza. ¡Oh, aquel prólogo!

Dos altos montes más blancos que el Hekla
Coronan la pálida región
En que mi desesperación desterróse:

.....

Oh, tu grito que Boreas se lleva,
¡Filomela, Filomela!

y todas las fuerzas, y todas las gracias con que resplandece, suena y resuena ese libro, que fué por mucho tiempo para mí, con *Las vides locas*, un breviario.

Las vides locas, que para mí es la mejor prueba que ha dado, entre otras demasiado escasas, Glatigny, puesto que la muerte nos lo arrebató tan pronto, cautivábanme también, y yo suelo repetirme, a pesar de las lagunas de mi memoria, sus briosas estrofas, animadas de fuego y de una ingenuidad tan bella y fuerte y sana, pese a los "temas". ¡Cómo satiriza al salir, sin

duda, de un sitio que me recordaba mucho la casa ya derribada, de la calle de Orleáns-Saint Honoré!

Al estúpido mozo que entra en esos lugares;

y como en desquite y en forma de compensación, celebra a fuer de fauno experto, a una señora no vestida todavía ni tampoco ya:

En tu duro vientre que brilla,
La negra sombra se deshoja.

...Yo adoraba literalmente a estos dos poetas, mientras llegaba el momento de conocerlos y tomarles cariño, a aquellos dos simpáticos muchachos, de los cuales, el uno ¡ay! ya se fué para siempre, pero todavía, a Dios gracias, vive el otro gloriosamente, y robusto y alegre, y más joven que nunca, y más que nunca bueno con los compañeros, y, según dicen, con las mujeres.

¿Que cómo conocí a Glatigny? Aquí "El autor", contra lo que dice el adagio tropieza con pocas dificultades, pues fué en el café de Suecia donde lo encontré un día que había bebido él algo de ajeno y yo también; estaba un poco achispado..., yo un poco también.

¡Pobre amigo! Qué labia tan graciosa y qué cuerpo tan gracioso: largo como una anguila y

como ella flexible; tocante a labia, ¡qué gran labia tenía, pues!

Tenía... (El "pues", así empleado, pertenece al dialecto "tan ligero" de las Ardenas, de donde yo soy a medias, como se tiene una sortija en el dedo o una pluma en el sombrero).

Tenía él una de esas filosofías como a ustedes desean —y a mí también—. ¿Por cuántos apuros y miserias no había pasado? Tanto valdría, antes de siquiera pensar en ello, ponerse a contar las olas del mar o a catalogar todas las estrellas de una nebulosa.

Dije "fauno", y, como por casualidad, sabía lo que decía al decirlo.

No el

Viejo fauno de barro cocido

con que me atruenan los oídos, so pretexto de ser el inocentísimo autor a semejanza de Sully-Prudhomme, inocentísimo él también, en aquello del famoso Búcaro Roto.

Digo "fauno" a causa de sus orejas tan grandes, de su nariz descarada, aunque en punta, y de su risa tan aldeana, con aquellos dientes tan sanos que hubieran podido morder, si su corazón, el mejor que haya latido en este mundo, no les hubiera ido a la mano.

Cuanto a Mendes, lo conocí en casa de la marquesa de Ricar, la amabilísima madre del excelente poeta languedociano, que fué, en unión su-

C O N F E S I O N E S

ya, fundador del Parnaso Contemporáneo. Todo el mundo conoce hoy al hombre exquisito, al refinado sin igual, tan sencillo y tan sincero con sus íntimos, como lo era ya por aquellos remotos tiempos, con aquel adarme de travesura de alto gusto que tenían sus veinticinco años, llenos de prestigio por su labia y su hermosa audacia.

He hablado largamente de esos dos poetas, demasiado largamente, quizá, y en dos sitios. Pero es que con ello cumplía un doble deber de gratitud, al par que me daba a mí mismo un placer infinito. Así, que perdónenme. Ya he concluído demasiado pronto, a mi juicio, con ellos.